

Volver a ser, volver a vivir

Por Rabino Dr. Mordejai Maarabi

Janucá inaugura, como su nombre lo indica, un tiempo diferente en el devenir histórico del pueblo judío.

La monotonía de la ocupación helénica en el pequeño y codiciado territorio de Judea de repente se vio sacudida de su letargo cuando un puñado de hombres se animó a decir ¡No! ante los opresores de turno.

Janucá es, en cierta forma, la fiesta del "No": no renunciar, no posponer, no olvidar y no dejar de testimoniar.

Parecía que toda una generación había renunciado a un modelo de vida, a un mandato generacional, que era atractivo, una vez más, "ser como las demás naciones", que resultaba incómodo no caminar de la mano de lo común, ser diferente, conservar la particularidad judía en tiempos donde todo cobraba formas y diseños "igualitarios".

Fue entonces que se levantó un grupo de individuos, dispuestos a recobrar la memoria perdida en el gimnasio griego y en la filosofía atrapante de sus interlocutores, Le opusieron el ejercicio espiritual de volver a ser y la palabra sentida, con sentido de un D's viviente, jamás recluido en biblioteca alguna.

Janucá fue para ellos acción y lección; tomar ,por un lado, el destino de sus vidas en sus propias manos, transmitir, por el otro, a los que vinieran en el camino de la vida, que lo heredado jamás podría ser "tierra de nadie". Acción y lección se conjugan entre ambas e implican elección, es decir, Libertad: de ser, de pensar y vivir cada día y noche.

Parecía que toda una sociedad estaba dispuesta a posponer -sin fecha cierta ni tiempos claros- el canto de libertad con el cual ese pueblo -Su pueblo - había nacido al mundo, al quitarse, siglos atrás, las cadenas de la esclavitud y de la discriminación egipcias. No importaba evocar el milagro cuando los hechos del presente borraban, con un esplendor precario, toda la luz de un pasado de dignidad y gloria.

En esas circunstancias se erigió un puñado de hombres, llamados por el eco de la eternidad sembrada en sus conciencias cotidianas, para retomar el arte de enhebrar las

palabras del D': Viviente en melodías vivas y significativas, que encendiesen un fuego en estado de extinción, en medio de un Lugar, un Santuario, una y otra vez pisoteado por la altanería de olvido y la desgracia de la enajenación.

Unos y otros eran hermanos, integrantes de un mismo pueblo, nuestro pueblo: Am Israel, Unos vivían pensando en cómo ser griegos habiendo nacido judíos; otros pretendían vivir y sobrevivir como judíos, sin tener que pedir permiso a los griegos. Los antagonismos parecían estar a la orden del día, así como la contradicción. La apatía y su socia, la indiferencia, estaban jugando su mejor partida en una sociedad judía partida al medio en aquellos tiempo (¿solo en esos tiempos, podemos preguntarnos cada vez que llega janucá a nuestras vidas?)

Janucá fue entonces la fiesta del "No", que conjugó lo posible, lo deseable y lo que debe ser. Aquellos hombres, cuyo número era al principio pequeño, se multiplicaron y recibieron un nombre propio: los jashmonaim. Cuando se alzaron en armas, con espíritu imbatible, el pueblo, que los admiró, los denominó: Macabim. Su obra no necesitaba un nuevo nombre, pues volver a la esencia no requiere de identidades nuevas sino de recuperar la pérdida.

Janucá habla de inaugurar, insta a educar, inspira a vivir como se debe y no a vivir como se quiere. He allí el milagro. Porque cuando se lucha y se sabe por qué, entonces el milagro es posible, sin importar el resultado. Importa, tal vez, lo que se "enciende" a partir de esa victoria. ¿Habremos encendido la chispa de la Unidad? ¿Habremos alcanzado a prender el fuego del amor y la solidaridad? ¿Habremos de inaugurar tiempos en los que las fracciones se transformen en enteros?

Llega Janucá, la simple y soberbia fiesta de nuestra propia determinación. Cuando parecían caber renunciaciones, hubo afirmación, en vez de dejar pasar los días, para que la mano del tiempo ganara su apuesta final, sobrevino una Fiesta con Días.

Cuando los griegos quisieron, obstinadamente "hacernos olvidar Su Torá", entonces se luchó para olvidarnos de ellos. Y siempre que el olvido parece ganar la partida, trastocando las palabras, Janucá vuelve a nosotros, devolviéndonos La Palabra del D's Viviente transformada en una Luz que se enciende cada noche - tiempo de oscuridad,

que es propicio para el olvido-, para iluminar el nuevo día -tiempo de claridad, que es propicio para discernir y "tener en claro" quien es quien en esta partida.

Janucá: Luz que proviene de un fuego encendido en la Menorá, símbolo constante de la Unidad judía. Encender la luz a tiempo, conjugando los aspectos que nos unen y consolidan, hace crecer en esta fiesta la más hermosa melodía.

Janucá nos devuelve eso: el fuego de la identidad judía, vestida con una inconfundible e inolvidable melodía.